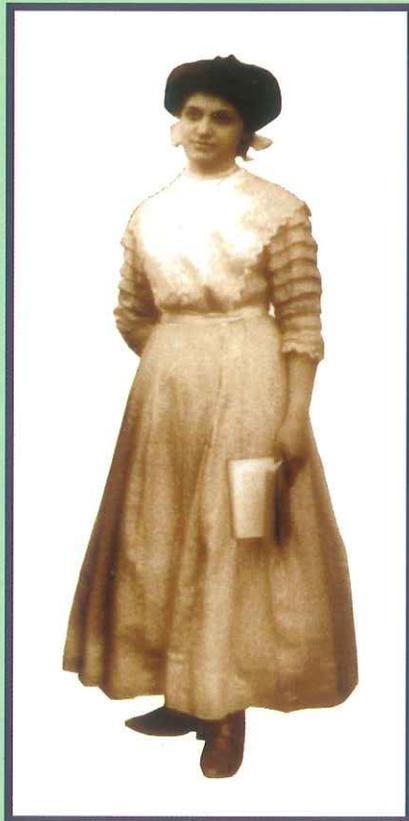


Santiago Gil

EL COLOR DEL TIEMPO



TEGUISE. LANZAROTE

EL COLOR DEL TIEMPO

Santiago Gil

Siroco (1)

África en el aire caliente que respiro,
en la quietud de la tarde, en el siroco,
mar de espumas y arenas infinitas,
dunas y alacranes encendidos,
oasis entrevistados en la distancia,
calor de remotos paraísos en mis sienes.

Siroco (2)

Así, mirando al cielo blanco de la tarde
nublado con la tierra del desierto,
irreal, manchado de polvos y de arenas,
como si no pasara nada más en el mundo,
como si no hubiera nada más;
todo está quieto y en silencio,
y sólo se percibe el aire denso, triste,
que tanto me cuesta respirar,
tierra que se hace barro en mi saliva,
y en mi sangre,

soledad absoluta ante el universo.

Ecos de otras fiestas

Platos reseco con salsas olvidadas,

sedimentos de vinos desechados,

focos apagados en el jardín,

mesas y sillas tiradas sobre el césped

ahora amarillento, descuidado.

Aires de fiesta perdidos de repente,

nostálgicos ecos de cuando las copas

se asían a calientes labios animosos,

de amantes escondidos más allá de los rosales,

de hermosos cuerpos desnudos

saltando en el agua nocturna

de una piscina con tritones

y sirenas de yeso desgastado.

Jardines entonces luminosos.

Las escamas y los días

Esos restos que nos van dejando los recuerdos de la mar,
el sol último de la tarde,

la brisa que ensalitra las manos y la cara,
el olor a marisco y a rosas muertas.

Queda como un regusto de melancolía

en cada ola que el recuerdo acerca

entre la espuma de los tiempos y los días,

las arengas de las piedras rodando entre las aguas,

el ir y venir constante que nunca cesa,

la mar que vuelve y se ausenta,

y otra vez vuelve y otra vez se aleja,

la arena que se confunde con las aguas,

los luminosos peces que saltan en la orilla,

el niño que busca en el tacto de las escamas

la vida que se escurre entre los dedos.

Otsein

La nevera congela los pescados absortos
con escamas de escarcha cristalina,
las carnes duras y nerviosas de las vacas tristes,
y también las vitaminas concentradas que darán sal
a mis lágrimas y llenarán de palabras mis poemas.
Su motor es lo único que se escucha en toda la casa,
el motor agónico, espamódico e impertinente
en el que aguarda la frialdad aséptica y prosaica
de mis alimentos cotidianos,
el frío químico de los yogures
que recubrirán de calcio mis huesos desganados.

Mareas vacías

Ves a un niño con un cubo, una caña de pescar,
y una fija con herrumbre para buscar pulpos.

El niño está solo, en medio de las rocas,
al final de una tarde de verano.

Sólo se oye el rumor del océano,
lejano, como en sordina.

El niño se agacha de vez en cuando
a raspar una lapa con las piedras,
o a pinchar una babosa inerme,
se resbala con el verde traicionero de las rocas,
y se siente solo ante el mundo,
lejos de las casas y de las gentes,
de los martilleos de las teles y las radios,
del hastío y el miedo de la escuela.

Un azul intenso se va volviendo rojo,
verde, anaranjado o violeta según pasa la tarde,
es todo lo que tiene encima suyo,
un cielo limpio e inmenso y un mar azul, lejano,
y en su cubo unos burgados, y unas lapas,
a veces un pulpo alevín y desnutrido.

El niño lleva las rodillas húmedas y heridas,
y aun así sonrío frente al océano infinito,
salpicado por la brisa que van dejando las olas,

cuarteado para siempre por el sol y el salitre.

Marzagán (1)

La plenitud de la vida.

Esta luz, tan tranquilizadora y cercana,
las parras que ya brotan entre las cañas,
el olor de la guayaba madura
aún dulce y fresco como el aire de la mañana,
el viento que mece suavemente los naranjos,
y estos pájaros que siguen cantando,
sinfónicos, gozosos, festivos.

En medio de este mundo,
que es mi mundo,
ando dándole vueltas a la declaración de la renta,
y me hago mala sangre con las embestidas sangrientas de Sharon
mientras el sol brilla intenso, y todo es armonía:
el canto de los pájaros, las hojas, el viento,
mi perra recostada a la sombra
pendiente de la inmisericorde insistencia de las moscas.

El cielo está azul
y respiro profundo, en silencio.

Lo demás son los otros,
el ruido,
el encanallamiento absurdo de la urbe,
lo que está muerto.

Marzagán (2)

La limpia intensidad del cielo azul
se refleja en un muro blanco
de piedras centenarias,
al lado de una buganvilla anaranjada,
cerca de los geranios rojos que se pudren
mustios, fuera de tiempo.

De fondo suena una suite de Bach
con aires antiguos de gramófono
- sublime matemática del aire –
entre el blanco cegador del muro centenario,
y el cielo azul, limpio e intenso,
que devuelve de golpe
todas las ganas perdidas de vivir.

Orillas (1)

Cerca del mar, siempre,
adormeciéndome con el sonido de las olas,
yendo y viniendo por orillas
y calas olvidadas de toda la tierra,
un pueblo blanco,
en medio de la lava,
azul intenso en el cielo
y en el horizonte que avistan los ojos
detrás de las velas y las gaviotas;
caminar lento por la arena,
contando los pasos y las sombras,
el vestigio que queda de uno mismo,
empanado de arena,
entre castillos, cubos y palas
que nos daban para construir el mundo:
húmeda presencia en el recuerdo,
en cada paso tibio
sobre la arena de esta playa
que sigue siendo la misma
que de niño era todo mi universo.

Orillas (2)

Corre a buscar la orilla
antes de que se vuelva otra
y ya no quede ni la arena ni la roca
que has mantenido viva en el recuerdo
desde que eras un niño,
como esos niños que hoy salpican y golpean las olas
que tú ahora vuelves filosofías
que hablan del eterno ir y venir de las aguas
por las playas y las costas de todo el planeta.
Darías la vida entera
por ser capaz de volver a acercarte a la orilla
con la inocencia y los gritos festivos
con que lo hacen esos niños
que tú ahora observas desde lejos
entrando en el agua
como si entraran por primera vez en el mundo.

La mar

Qué quedará de la mar
cuando no quede nada de nosotros,
de ninguno de nosotros,
qué color tendrá
cuando ya no la miremos,
cuando todo estalle en mil pedazos
- recalentados o atómicos -
adónde irán los líquidos de la mar,
en qué lugar del universo
reposarán las sales de sus brisas,
en qué rocas resonarán sus olas,
sobre qué orillas descansarán entonces
las mareas y las corrientes.
Dónde acabará naufragando la mar
- la mar, que parecía siempre tan eterna -
cuando ya no quede ni uno solo de todos nosotros.

Perseguidores

Sólo escribo por sentarme a pensar que no estoy solo en el mundo.

las palabras, las botellas vacías, el mar a lo lejos,

el pájaro que es y no es siempre el mismo,

la luz que nos va quedando de los días,

los geranios florecidos, el azahar que embriaga la noche,

el embrujo remoto de los recuerdos,

los que se han ido para siempre,

y aquellos con los que jamás nos reencontraremos;

todos pasando como buenamente podemos,

con las mesas y las sillas,

y los grillos, y los perros, y las golondrinas del verano,

con el frío y el calor, y la brisa marina,

y el relente de la madrugada que nos despabila;

vamos transitando eternos mientras somos,

compartiendo el espacio con lo que nos rodea,

perdiendo la vista, y también la vida,

en la persecución de los años y los sueños.

Al mirar atrás

Sólo permanece el sonido manso de las aguas,

los pájaros que cantan a la aurora,

el cielo azul que nos recuerda niños,

la mirada noble del perro,

el primer beso furtivo de la adolescencia,

las noches de copa y canto,

el azahar de su sexo.

Fe de vida

De repente nos dimos cuenta del paso de los años,

al subir unas escaleras empinadas,

al mirar las canas tristes de nuestras derrotas.

Tiempo que aniquila nuestros predios sagrados.

Ya nada brilla como entonces.

Perdimos poco a poco la bravura y la inconsciencia,

la valentía de la inmortalidad adolescente.

Ahora todo son fobias y miedos cervales,

ansiolíticos salvadores del abismo.

Los achaques y las nostalgias nos han vuelto teclosos y tristes.

Vientos

La quietud de los pájaros
y el silencio triste de la tarde última
ha dado paso a este viento mañanero
que todo lo arrasa.

Veo levantarse en la distancia
las dunas de arena de la playa,
encrespase las olas,
huir buscando refugio a las gaviotas.

Los barcos de alta mar zozobran
entre las olas que salpican
de espuma blanca los horizontes.

Todo ha cambiado en unas horas,
mi estado de ánimo,
las palabras que escribo,
el cielo, ahora gris y amenazante,
y un poco también las sensaciones
que uno va teniendo de la vida.

Ahora es el viento el que lo puebla todo,
un viento desolador y tempestuoso
que arrastra las hojas secas
y desmonta, a lo lejos, las dunas de la playa.

Primero de Mayo (Madrid 2002)

Atrás quedan las banderas,
lejos ya en la memoria y la distancia,
papeles rojos, blancos y amarillos,
lluvias de celofán y celulosa
que el viento hace girar
sobre las torres grises de una iglesia,
indiscreta entre moles de cemento.
En sordina, como un eco inacabable,
se han quedado resonando consignas,
rudimentarios pareados improvisados,
temblores corales de himnos de otros tiempos.
Todo está perfectamente organizado
en este remedo de pseudo revolución primaveral,
y los operarios del servicio de limpieza
van justo detrás de los manifestantes
con máquinas, cepillos y grandes bolsas de basura.
Los papeles cargados de arengas encendidas,
y también las tres o cuatro banderas rojas olvidadas,
irán a parar de nuevo a Valdemingómez,
junto al resto de los detritus cotidianos de la urbe.

Los ecos

Cuando se hayan apagado todas las luces
y la fiesta no sea más que un triste recuerdo
de risas, y de músicas caducas y olvidadas,
sólo nos quedarán las voces,
y nuestra voz entre ellas tratando de decir algo
entre las copas y los bailes de la noche.
Al final, al paso de unas décadas de todo aquello,
todas esas frases inconexas y sin sentido
permanecen entre nuestro tiempo y nosotros,
pero no sabemos ubicarlas,
ni localizar el tono de quien las dijo
orgullosa y ufana de sus ocurrencias y de su vida.
Ni siquiera nuestra voz de entonces
nos es ya conocida.

Razón de ser

Que has querido
y que te han querido,
que has compartido cariños,
arrumacos y ternuras
antes de que todos nos vayamos,
definitivamente,
antes de que nada quede
de este tramo ínfimo de la historia.

Tormenta de verano

Camino despacio por las calles
contando las sombras que dejo en los charcos
y en los espejos de los escaparates;
daguerrotipos grotescos de uno mismo
en los que apenas me reconozco,
tan cambiada mi sonrisa y mi mirada,
timoratos ojos que me recorren
entre lavadoras y televisores encendidos,
o en el agua turbia que la lluvia, tan inesperada,
ha ido dejando por las aceras sucias de calor y de verano.
Tormenta de mediados de agosto,
después de la canícula y la asfixia,

cuando ya se ha hecho de noche
y al verano de asfalto de la urbe
no llegan ni las gaviotas ni el eco de los grillos.
Mis ojos contagiados de esa gris melancolía
que transmiten las sombras de los charcos.

Otros ojos

Aun estando todo igual que entonces,
la roca encendida por el sol,
crepúsculos de rojos y morados,
verde espejismo en el horizonte del mar,
ya nada volverá a ser igual.
Tú no eres el mismo,
ni tus ojos ven con la inocencia de antaño.
Estás contaminado por la vida,
y por sus rastreros golpes cotidianos.
Apenas te queda lirismo en las pupilas,
y miras y remiras la roca y el horizonte
- y a lo mejor ya ni siquiera existen,
qué más da si ya no existen
si tú no serías capaz de verlas como entonces -.
Tú eres otro más prosaico,
preso de hipotecas y laburos:
no te está ya concedido ese milagro.

El olor del tiempo

Olor a guayaba madura y a geranios,

a sal, a arena de la playa,

a marina podredumbre de las rocas:

oler atrás, tan lejos,

en otro tiempo y otros años.

Cierro los ojos

y soy el de entonces,

el que pisa la guayaba madura en el jardín

y deja todo oliendo a despensa,

y a conserva traída de ultramar,

luminosas cajas de madera en las que luego

cabían todos los sueños de la infancia:

estampas, boliches, botones, caracoles...

No sabía de la realidad,

ni de la verdad, siempre tan prosaica.

Cerraba los ojos – ahora también los cierro –

y en un fundido en negro, como en el cine,

iba deshaciendo todas las lógicas del tiempo:

yo era entonces quien movía el mundo.

Todavía no había perdido del todo el rastro de los olores

que ahora no son más que nostalgias,

literatura decadente y algo triste,

pusilánimes verbos que juegan siempre a favor del tiempo.

Geranios

El geranio rojo, tan poca cosa,
me recuerda toda la simpleza absurda de la infancia:
sol, mariposas de colores,
cielo inmenso, mi abuela contando historias en la tarde.

Tiempo (I)

Te reconoces lejano y distinto
Al paso de quince o veinte años
que se han ido, te repites siempre,
volando, casi sin darte cuenta;
millones de segundos
que van quedando perdidos en tu memoria,
como pecios con bancos de peces que confunden,
varados en los fondos oscuros
donde nadie reconoce a nadie
y todo lo envuelve el silencio detenido
de lo que está definitivamente muerto.
Quince, veinte o treinta años
que se resumen en tres o cuatro anécdotas,
unos cuantos sucesos importantes,

y un par de caras que ni tú mismo
sabes aún por qué las has guardado.
Poco más te queda de todo aquello.
¡Y mira que cada día parecía un mundo
y un espacio cargado de eternidades
y de cuestiones importantes!
Cuando se llega a cierta edad
y se mira con sosiego el pasado
todo se nos va en un arcano
que nos hace maldecir nuestra memoria
y lo poco que hemos sabido aprovechar el tiempo.

Tiempo (II)

Triste es decir que has estado más horas viendo la tele
que haciendo el amor
o caminando desnudo por las playas.
El tiempo, de vez en cuando,
viene a ajustar cuentas
y a poner las cosas en su sitio.
El tiempo, siempre el tiempo,
jocoso y mendaz espejismo
en el que suman los vivos y los muertos.
Su paso, si realmente existe,
se asemeja en todo a nuestro paso

si es que realmente existimos, y estamos pasando.

Las horas que le robaste al amor

son horas de oro

tiradas en el lodazal de la estulticia,

y el tiempo, ese sabio carroñero,

viene más tarde o más temprano a recordártelo.

Zifios (1)

Horas antes habían salpicado mi barco

con gotas húmedas de mar adentro.

Entre saltos y acrobáticas piruetas

los había visto veloces y ansiosos

festejando la caída de la tarde.

Ahora casi todos están aquí,

moribundos o muertos,

acariciados por los niños,

y a punto de ser carne para la ciencia.

No me atrevo a bajar a la orilla.

No sé hacer piruetas,

ni contagiar alegría cuando llega el ocaso.

Los veo de lejos, entre moscas y policías municipales,

iluminados por los flashes de las cámaras,

quietos, recostados,

golpeados con saña por las olas más violentas.

Zifios (2)

Ahora que rompe el día

y el mar se vuelve azul

es cuando más los echo de menos,

lejanas señales de sueños jubilosos,

fiesta de escorzos y de gritos:

los fondos marinos en que me sumerjo,

abúlico y triste,

extrañan sus sonrisas.